

# LA BÚSQUEDA DE LOS SELLOS MÁGICOS

LA GUERRA DE LA TRAICIÓN

DAN OROPEZA



*La Búsqueda de los Sellos Mágicos, La Guerra de la Traición*

©2022, Dan Oropeza

D.R.: 03-2022-080313322500-01

ISBN: En trámite

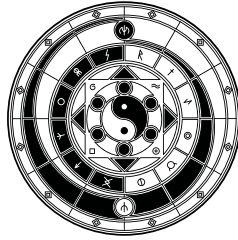
Primera Edición: Septiembre 2022

Malix Editores

D.R. © No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

*A ti que buscas  
algo por que luchar*





## CAPÍTULO I

### *El Llamado del Consejo*

Little Road era una pequeña ciudad en el centro de un valle rodeado por verdes montañas boscosas. Clima agradable, gente amable. Tenía un enorme centro comercial, una exclusiva avenida en el centro llena de lujosos edificios y tiendas, un par de cines y muchos parques y áreas verdes. Era famosa por su comida, por estar cerca de una enorme ciudad en el oeste al otro lado de las montañas, y por su moderno e importante Museo de Historia Natural. Calles limpias, suburbios tranquilos. Un bonito lugar para vivir. Al norte de la mancha urbana sobresalía un alto acantilado conocido por todos sus habitantes como La Colina, lugar en el que se había creado un mirador para observar la ciudad... o para tener candentes citas... según lo que me contaron a mí.

La pintoresca urbe estaba llena de personas comunes que llevaban sus vidas de su casa al trabajo; o al colegio, como era mi caso. Podría decirse que era un pueblo relativamente tranquilo, pues hasta la delincuencia era casi nula; nunca pasaba nada... a ojos de la gran mayoría. Lo que los “normales” habitantes no sabían, era que este sitio albergaba más sucesos sobrenaturales que cualquier saga de películas de terror.

Opuesta a La Colina, en lo más profundo del bosque del sur de la ciudad, se encontraba una escondida e inexplorada

cueva conocida por solo unos cuantos como el Templo de la Luna; un recinto que poseía una puerta secreta que comunicaba dos mundos diferentes.

Hasta ahí llegó lo de “ciudad tranquila y normal”.

Por años, ese mágico acceso se mantuvo cerrado; no obstante, la aparición de un valeroso y esperado hechicero hizo necesaria que la puerta se abriera, y eso provocó que criaturas oscuras y demonios cruzaran constantemente desde su mundo, amenazando la seguridad de la ciudad que comenzó a ser protegida incansablemente por aquel joven con entrega y valor... yo.

Mi nombre es Ryan Bennett, y vivía en esa ciudad tranquila y normal con mi madre y mi hermano menor, en una zona residencial ubicada en algún punto entre el centro y ese templo. Ese fue el lugar en el que nací diecisiete años atrás, y al que volví después de que mi madre fuera transferida a México por cinco años. Al regresar, pensé que continuaría con mi vida normal y que, con suerte, me toparía con mis dos mejores amigos de la infancia; pero lo que nunca imaginé, fue que me encontraría también con una pequeña criatura llamada Kanna que, justo a la noche siguiente de mi llegada, me revelaría las aventuras que el destino me deparaba.

La “versión corta”, a como me gusta llamarle, es que había resultado ser un hechicero. Con la ayuda de mis nuevos poderes, que constaban principalmente en mover objetos con la mente, y con una asombrosa espada mágica, debía abrirme camino a través de un peligroso viaje lleno de otros hechiceros y criaturas oscuras, para reunir doce Sellos Mágicos que mantenían encerrado un Gran Poder en la cima de una montaña, el cual, me ayudaría a destruir el mal que había amenazado aquel otro mundo por tantos años... La versión muy, muy corta.

La nueva y secreta vida que adquirí me resultó atractiva y un tanto emocionante en un principio; vamos, tenía poderes. ¡Poderes! El sueño de cualquier... de cualquiera, punto. Pero como muchas cosas en la vida, el sueño pronto se volvió una pesadilla. Con el paso de los meses, convertirme en un hechicero que arriesgaba su vida cada dos días después del colegio,

completando misiones de aquí a allá, enfrentando inimaginables enemigos y horribles criaturas, temiendo por la vida de los demás... Dejé de ser atractivo y emocionante.

Afortunadamente, no estuve solo; tuve la ayuda y la guía de Kanna en los momentos más difíciles... pero lo que realmente me dio el valor y la seguridad para enfrentar los retos que se me presentaron, fue que mi mejor amigo, Alexander Taylor, siempre estuvo conmigo. Juntos, logramos conseguir dos de los Sellos Mágicos, aunque el enemigo consiguió también dos. Visitamos ese otro mundo llamado la Tierra Mágica, y fuimos a tres de sus seis reinos, en donde conocimos a muchas personas que pronto se convirtieron en nuestros aliados. Pero también nos hicimos de muchos enemigos, como el autoproclamado rey de la Oscuridad; ese hombre que, desde la noche en que conocí a Kanna, se convirtió en el rostro de todas y cada una de mis pesadillas... Long.

Escuché muchas historias sobre él y de lo que hizo cinco años atrás durante su intento de conquista de la Tierra Mágica, pero no tardé en tener una razón propia para abrazar mi destino como el Elegido y hacerme el firme propósito de derrotarlo con mis propias manos.

Frente a mis ojos, inesperadamente, después de amenazar constantemente a mis amigos y familia, Long cumplió su promesa y asesinó a mi mejor amiga, Samantha Adams. Nunca pasé momentos tan sombríos como esos; de alguna forma, creo que comencé a comprender cómo funcionaba la Oscuridad. Me desconocí a mí mismo. Afortunadamente también, con la ayuda de un Sello Mágico, pudimos regresarla a la vida.

Desde aquel incidente pasó casi un mes. Extraños sucesos continuaron ocurriendo cerca del Templo de la Luna, pero solo se trató de criaturas oscuras que cruzaron por la puerta para hacer de las suyas; naturalmente, yo me encargué de derrotarlas. Sin embargo, Long estuvo preocupantemente tranquilo y no tuvimos noticias suyas durante ese tiempo. Kanna insistió una y otra vez en que debíamos investigar lo que sucedía, pero tener a Samantha de vuelta me hacía querer disfrutar cada momento que pasaba con ella... y con Alex.

Temporalmente, esa era mi mayor prioridad.

—¡Hey, chicos!

Samantha, quien estaba sentada a mi izquierda en nuestro salón de clases, soltó un grito y se levantó de su asiento de un brinco. Alex, a mi derecha, ahogó una risita.

—¿Señorita Adams? —murmuró la maestra Marianne, nuestra maestra, volteando desde el frente hacia ella—. ¿Le sucedió algo para que gritara de esa manera?

—No —dijo esta rápidamente, sentándose de nuevo, fulminándome con la mirada.

La maestra le echó un último vistazo a Samantha y continuó con lo que fuera que estaba haciendo.

—*Lo siento* —murmuré en español. Recordarás que era un tanto bilingüe y, en ocasiones, cuando la ocasión lo ameritaba o el sentimiento me ganaba, soltaba alguna que otra frase en el idioma que ninguno de mis amigos dominaba; ventajas de vivir en un país de habla hispana por cinco largos años.

—Te dije que no hagas eso sin avisar, Ryan.

—Sam, supéralo —dijo Alex despreocupadamente.

—¿Que lo supere? —repitió esta, bajando la voz—. Estoy intentando resolver esa ecuación, y de repente escucho una voz gritando dentro de mi cabeza.

—Lo siento —dije con sinceridad.

—De acuerdo, de acuerdo —insistió Alex—. Ya se disculpó el hombre; déjalo en paz.

Mis amigos y yo ocupábamos siempre un amplio escritorio de tres sillas al final del aula junto a una ventana; sin embargo, tal parecía que la maestra tenía los oídos más agudos que podían existir, pues siempre nos sorprendía conversando y nos duplicaba la carga de deberes. Fue por eso que decidí “practicar” con mi nueva habilidad mágica; y para no interrumpir la clase cada vez que tenía algo que decirles.

Verás, desde mi última batalla en la Aldea Alba, un lugar abandonado, muy cercana a Greatville, descubrí que tenía la habilidad de hablar o comunicarme con cualquier persona por medio de mi mente. Genial, ¿no? Kanna me explicó que era un derivado de mi poder principal y que debía usarlo con



prudencia... pero, en mi opinión, era algo que me ahorraría muchos deberes escolares extra.

—Lo que les iba a decir, es que Audrey llamó anoche por fin —dije intentando evitar una discusión entre mis dos amigos.

—¿Qué dijo? —preguntó Samantha, volviendo a sus apuntes con resignación.

Miré hacia el frente y me percaté de que la maestra aún nos observaba, así que decidí continuar con la conversación por medio de mi nuevo medio de comunicación.

—Desde que volvió, sus maestros le han dejado el doble de trabajo por todas las clases que perdió el tiempo que estuvo aquí; por eso no había llamado.

—Conozco el sentimiento —murmuró Samantha impaciente, sin dejar de escribir.

—Saben, este poder de Ryan de hacer conferencias telepáticas es muy útil —dijo la voz de Alex en mi cabeza.

—Sí, pero no debe usarlo con malas intenciones —interrumpió la voz de Samantha, a la vez que la chica me fulminaba de nuevo con la mirada—. ¿Cierto, Ryan?

—¿Malas intenciones? —repitió Alex, arqueando las cejas—. ¿Como cuáles?

—Como entablar una conversación psíquica en medio de la clase de matemáticas —dijo Samantha en un tono molesto que aun pude notar.

—¿Estamos en matemáticas? —preguntó la voz de Alex, seguida de un eco.

Era algo curioso.

Cualquiera que no supiera, y nadie sabía, que conversábamos por medio del pensamiento, hubiera creído que tan solo nos mirábamos entre nosotros una y otra vez.

—¿Señorita Adams? Resuelva esa ecuación, por favor.

Samantha tomó su libro y caminó hacia el pizarrón lentamente; sin embargo, eso no le impidió escuchar el último pensamiento de mi rubio amigo.

—La próxima vez, no la incluyas en la conversación.

—¡Escuché eso!

Al terminar las clases ese día, mis amigos y yo salimos del

aula para guardar nuestros libros en el casillero antes de irnos, pero justo al doblar en el primer corredor...

—*Hola, amigo* —dijo en español una hermosa joven sonriéndome; se acercaba a mí con unos libros en los brazos y una mochila morada colgando de su hombro. Su cabello era negro, largo, lacio y con mechones rosas, pero ese día lo llevaba en una trenza de lado.

—*Hola* —respondí sonriéndole de vuelta y besándola.

Te hablé acerca de mi nueva novia Melissa, ¿cierto?

¿No lo hice? Bueno, ahora lo sabes.

Melissa Minamoto era la chica más hermosa, popular e inteligente del colegio; razones por las cuales encabezamos los blogs de chismes por días cuando se corrió la noticia de que nuestra relación ya era oficial. Por supuesto, muchos de los chicos ricos de Domum comenzaron a odiarme por eso, pero... a decir verdad, no me molestó en absoluto.

—¿Qué harán esta hermosa tarde, chicos? —preguntó mientras caminábamos por el corredor.

—Tenemos algo que enseñarle a Ryan —respondió Alex, intercambiando una sonrisa de complicidad con Samantha.

—Ah... ahora recuerdo. —Melissa asintió—. El gran misterio de la semana.

Un par de días antes, justo después de terminar la clase de Historia Universal en el segundo periodo, Samantha y Alex me dijeron que tenían algo que enseñarme en La Colina el jueves por la tarde. No pude sacarles ni un poco de información después de insistir constantemente, pues, al parecer, era una sorpresa. Por supuesto, tuve que desistir luego de ser regañado por Samantha.

—¿Nos acompañas? —preguntó Samantha a Melissa.

—Estoy atorada con el comité deportivo —dijo la chica con una mueca.

—¿De nuevo? —pregunté.

—Es una larga historia que te contaré esta noche. —Me sonrió de nuevo—. ¿Misma hora?

—Mismo medio —le respondí, besándola una vez más.

—Oh, a veces me dan asco —dijo Alex con una mueca.

—No es que sea de tu incumbencia, pero solo hablaremos por teléfono —musité.

—Sé todo de sus largas sesiones telefónicas nocturnas. Soy una víctima de ellas.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Cómo te afecta eso a ti?

—Cuando yo quiero hablarte, no estás disponible.

—Te veo todo el día —me quejé.

—Aun así, a veces tengo cosas urgentes que decirte.

—Tus teorías conspirativas de ovnis no son urgentes.

—Eso no lo sabes.

—¿Tú sabías que salir con Ryan implicaba compartirlo con alguien más? —preguntó Melissa a Samantha, quien rio asintiendo una y otra vez.

—Hey, Fósil.

Miré hacia el frente y vi a un Kyle Edwards sonriente acercarse a nosotros; efusivamente, estrechó mi mano.

—¿Todo bien?

—Todo bien —repetí.

—Hola, extraña —dijo el chico besando a Samantha.

—No puedo expresar el grado de asco —añadió Alex.

—Tal parece que alguien se siente solo —dijo Melissa; Kyle comenzó a reír.

—Es una pena que Audrey haya tenido que irse —comentó Samantha.

—Me alegra ser el centro de atención —soltó Alex—. Vivo por momentos como este.

—¿Lo viste? —me preguntó Kyle, cambiando el tema.

—Sí —respondí comprendiendo de inmediato de lo que hablaba—. Es muy bueno.

—¿Qué es bueno? —quiso saber Alex.

—Un nuevo videojuego. “Deidades en el Inframundo” —respondió Kyle.

—¿Jugaste Deidades en el Inframundo sin mí? —espetó Alex alarmado, mirándome.

—No —dije rápidamente—. Tan solo vi un video.

—¿Desde cuándo Kyle Edwards te envía videos? —me preguntó en voz baja cuando los demás se distrajerón con la no-

ticia de que Kyle tendría un importante juego al día siguiente.

Sin saber qué responder, me encogí de hombros.

Kyle y yo siempre tuvimos una relación un tanto... complicada; sobre todo a mi regreso. Sin embargo, desde que comprendió que mi intención no era quitarle a Samantha, su actitud conmigo cambió radicalmente.

Y, a decir verdad, el tipo incluso comenzó a agradarme.

—Vendrán todos, ¿cierto?

—Odio el fútbol, pero, sí. Iremos —respondí asintiendo.

—De todos modos, tengo que estar allí. —Melissa se encogió de hombros—. Mientras seas tú quien juega, alguien más debe cubrir el juego para el Despacho.

—Ya que todos van... —finalizó Alex revirando los ojos.

Nos despedimos de Melissa al salir del colegio y Kyle nos llevó al otro lado de la ciudad en su convertible; una vez ahí, él se marchó y Samantha, Alex y yo comenzamos a caminar cuesta arriba a los pies de La Colina, siguiendo un serpenteante camino con secciones escalonadas que subía.

Fue ese el momento que Samantha eligió para reventar mi burbuja de “normalidad” al recordarme que aún existían problemas pendientes en la Tierra Mágica de los cuales no podíamos olvidarnos tan fácilmente.

—Ryan... —dijo la chica a medio camino—: ¿Has sabido algo... de Joshua?

—No —respondí suspirando, sintiendo cómo mi buen humor se desplomaba en un segundo al recordar a nuestro misterioso compañero de clases—. Aún nada.

—Solo... espero que esté bien —murmuré.

Cuando conocí a Joshua, pensé que era el tipo de chico que suele pasar el tiempo solo y que no es muy sociable; inofensivo. Sin embargo, semanas atrás, descubrimos que era un espía de Long enviado con la misión de vigilarme. Por meses, le pasó toda clase de información de mí. Gracias a él, mi enemigo supo de mi familia, del colegio, de mi rutina y mis movimientos. Gracias a él, Long se aprovechó de cosas que incluso provocaron la muerte de Samantha.

Pensarás que todo eso no merecía mi comprensión, pero

a pesar de solo haber tenido cinco encuentros con Long en persona, ya comenzaba a comprender la forma en la que jugaba con todos. Joshua no era más que una pieza en su juego; estaba en sus manos... Y aunque algún día llegara a comportarse como un enemigo mío, tenía que hacer algo para ayudarlo y liberarlo de la Oscuridad.

—Los Sabios dijeron que, si se enteraban de cualquier cosa respecto a Long, se comunicarían con nosotros —continué, después de meditar en silencio.

—¿Y? —preguntó Alex.

—Y... nada. No he sabido de ellos en días.

—Debe ser que la cosa está tranquila por allá.

—No lo creo —dije recordando las continuas “sugerencias” de Kanna—. Cuando no se sabe nada acerca de Long, significa que está haciendo algo. Y eso es más peligroso aún.

—Y... ¿qué ha hecho Kanna estos días? —preguntó Samantha repentinamente.

Confundido, la miré.

—Lo siento. Quería cambiar el tema.

—Bueno... no mucho —respondí; sin duda, el tema de Long nunca era agradable—. ¿Qué más puede hacer además de comer, ver televisión, jugar videojuegos y molestarme?

A lo último, no pude evitar sonreír. Ellos rieron.

—Intenté que leyera un libro y me lo arrojó. Pero siempre me está robando mis *mangas*.

—Ella sabe lo que es bueno. —Alex asintió.

Samantha sonrió de nuevo, negando con la cabeza.

—Bueno, ya estamos aquí —dije cuando finalmente llegamos al mirador—. ¿Ya me pueden decir por qué tanto misterio? ¿Cuál es el secreto?

—Te dije que era una sorpresa; no preguntes más. —Samantha reviró los ojos con una mueca—. Y no le preguntes a Alexander por la mente.

—No iba a hacerlo —mentí.

—Lo siento, no puedo decirte —dijo este sonriéndome, encogiéndose de hombros.

—¿Qué hacemos aquí? —repetí, comenzando a perder

la paciencia—. ¿Qué quieren enseñarme? ¿Arreglaron el barandal que rompió Alex? ¿Después de tantos años?

—Alex... —dijo Samantha ansiosa—, ¿estás seguro que es en este lugar?

—Seguro.

—Y... ¿estás seguro que era a esta hora?

—Seguro.

—Y...

—¿Quieres confiar en mí por primera vez en tu vida, mujer? —soltó mi amigo.

Samantha se encogió de hombros haciendo una mueca.

—No estaré tranquila hasta que lo vea —murmuró.

—¿Qué se traen ustedes dos? —pregunté, mirándolos extrañado—. ¿Desde cuándo...?

Pero mis dos amigos se habían quedado viendo a mis espaldas; ambos sonrieron ampliamente de repente.

—Oh, ahí está —dijo Samantha aliviada.

—Justo a tiempo —añadió Alex.

—¿Quién?

Me di la vuelta y, al ver a esa persona frente a mí, todo tuvo sentido; solo ellos podían esconder algo así.

—*Hola, Ry* —dijo en español aquel hombre de cabello negro, corto y alborotado; su sonrisa iluminaba su aparente joven rostro sin afeitar. Tenía brillantes ojos azules detrás de unas pequeñas gafas cuadradas, negras y gruesas.

—¿Papá?

—Sorpresa —dijo con su característico acento latino.

Riendo, lo abracé.

—Pero, ¿cómo...? ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo llegaste?

—Justo ahora —dijo señalando una maleta negra que arrastraba detrás de él.

—¿Cómo supieron ustedes? —pregunté a mis amigos.

—Audrey —explicó Samantha—. Llamó a Alex.

—Solo tú vendrías aquí antes de ir a casa —dije mirando a mi padre, cuyo pálido semblante y elegante abrigo, me recordaron la vida que había dejado en México.

Verás, cuando éramos niños, fue mi padre quien nos llevó

a La Colina por primera vez; él era quien se encargaba de llevarnos a jugar allí los fines de semana, y fue gracias a él que se convirtió en nuestro lugar favorito. Tenía mucho sentido que eligiera ese sitio para darme la sorpresa esa calurosa tarde.

—¿Y mamá? ¿Ella sabe que estás aquí?

—También será una sorpresa para ella.

—Ya veo —dije sonriendo—. *Se te olvidó decirle.*

—Sí. Olvidé decirle. Pero eso lo hace una sorpresa —dijo nervioso.

—Bueno, definitivamente yo estoy sorprendido. —me crucé de brazos.

—Después de todo el trabajo que hemos estado haciendo, decidí que era tiempo de tomar un pequeño descanso.

—¿Qué tan pequeño?

—Un par de semanas. Tal vez más, si logro alargar el chantaje emocional.

—Veo de dónde sacaste el sarcasmo —comentó Samantha entretenida.

—Solo... no lo alientes —murmuré.

—Enseñen los molares. —Alex sacó su teléfono celular y lo extendió para tomarnos una selfie—. En alguna parte debo tener una igual. Haremos un “antes y después”.

—Solo no la posteas hasta que mi madre sepa que está aquí, ¿de acuerdo?

—No pausemos la diversión entonces —dijo mi padre mirando a Samantha y a Alex—. ¿Porque no vamos todos a casa? Podrán acompañarnos para cenar.

—No es mala idea —dije—. ¿Qué dicen?

—De acuerdo —coincidió Samantha.

—¡Bien! ¡Cena! ¡Perfecto! ¡Cuenten conmigo! —Alex chocó su mano con la de mi padre.

Desde que nos conocimos, mi amigo y mi padre se llevaron muy bien... aunque, quizá demasiado bien para mi gusto.

—Solo quieres testigos en caso de que mamá decida asesinarte, ¿cierto? —dije mientras emprendíamos nuestro camino de regreso a casa.

—¿Cuándo llegará el día en que comiences a tener fe en tu viejo? —preguntó ofendido, arrastrando su maleta.

—No me hagas responder eso.

Mi padre resopló riendo.

—Y... ¿cómo está México? —pregunté.

—Oh, ya sabes... mucha gente, mucho tráfico, *quesadillas* con y sin queso; lo que me recuerda... —Buscó entre los bolsillos de su largo abrigo y sacó un sobre blanco, el cual, extendió a Alex—. Esto... es para ti.

—¿Para mí? —repitió el chico tomando el sobre.

—Sí —confirmó mi padre, frunciendo las cejas.

—Ah... —soltó Alex finalmente—. Entiendo. *Gracias*.

—¿Qué es? —preguntó Samantha.

—Nada —respondió mi amigo, guardando el sobre en el bolsillo trasero de sus jeans.

—Dime.

—Estás siendo entrometida de nuevo.

—Bien. —La chica se cruzó de brazos—. No me importa.

—Oh, te mueres por saber qué es.

Mi padre rio de nuevo y dijo algo acerca de cómo ninguno de los dos había cambiado.

Supongo que una breve explicación aquí es necesaria:

A diferencia de mi madre, mi padre nació en México, aunque sus padres eran de Inglaterra; fue hijo único. Estudió arqueología y, mientras lo hacía, comenzó a trabajar en el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México. A pesar de ser tan joven, en poco tiempo logró obtener un buen puesto y fue enviado como director temporal a un nuevo Museo de Historia Natural que se abriría en un pequeño pueblo muy arriba del continente, llamado Little Road. Ahí, en cooperación con ese país, se encargaría de dirigir el montaje y de organizar la plantilla de profesionistas que trabajarían permanentemente en él.

Cuando llegó, se encontró con que el pequeño lugar no tenía muchas personas especializadas en las áreas que necesitaba, así que viajó a la gran ciudad vecina en el oeste que sí tenía importantes universidades. En Coast Lane City dio algunas conferencias en las Facultades de Historia con el objetivo de reclutar profesores y estudiantes que estuvieran



interesados en seguirlo al nuevo museo que estaba siendo creado en el pueblo cercano para impulsar su turismo... Allí, conoció a una joven asistente del Departamento de Paleontología de Coast Lane University. Una joven Bryana Edevane. ¿Adivinas quién?

Junto con su nuevo equipo, mi padre volvió a Little Road, en donde trabajó de la mano de mi madre alrededor de un año, y... el resto es un poco evidente. Casualmente, mi madre era originaria de Little Road, y fue por eso que no les costó mucho trabajo establecerse. Incluso la casa en la que vivíamos, la heredaron. De la familia de mi madre no sabíamos mucho; ella también era hija única. Aunque supe que su madre, mi abuela, se casó con un hombre de Little Road, y que por eso se separó de una hermana menor que se quedó en el lejano país del que emigró. País que nunca supimos cuál era.

Pero volvamos a mis padres. Ellos se casaron, nació yo, después mi hermano, pasaron algunos años y mi abuela murió dejándonos su casa; luego, el Museo Nacional de Antropología de México llamó a mi padre de vuelta, aunque su estadía ya había sido asegurada como definitiva después de su casamiento. Gracias a los estudios y descubrimientos de mi madre, ella fue invitada también al mismo tiempo, y fue entonces cuando todos nos fuimos a México... Hasta que mi madre fue enviada repentinamente de vuelta, ahora como directora, pero mi padre no. Para permanecer unidos, se decidió que mi hermano y yo regresaríamos con ella a Little Road mientras él terminaba unos estudios con los padres de Audrey, antes de solicitar oficialmente su transferencia a casa... Si todo salía bien.

Según Kanna, los constantes “cambios de humor” del museo de México eran cosa de magia. Sí; la misma cara puse yo cuando me lo dijo. De acuerdo a su teoría, nos mudamos a México justo cuando ella y Long se quedaron dormidos, y volvimos cuando despertaron por una razón muy importante: la Profecía del Elegido se estaba cumpliendo.

Tuviera o no razón, por el momento me importaba más que mi padre estuviera en casa. Aunque fuera solo por unos días.



—¿Tu padre está aquí?

Sentada en medio de mi habitación, Kanna ocupaba su sillón de rayas de alto respaldo en la sala del ático; y aunque su *anime* favorito estaba en la televisión, me observaba a mí caminar de un lado a otro frente a ella. Una cosa era ocultar a la criatura de mi madre y de mi hermano, quienes rara vez subían a mi apartada habitación, pero otra muy diferente sería incluir a mi padre en la complicada ecuación.

—Tendré que pedirte que seas más cuidadosa.

—¿Por qué?

—Digamos que mi papá tiende a ser más observador que mi mamá... y, demasiado inoportuno. Que estemos en el ático no será un impedimento para él.

—¿A qué te refieres?

—Bueno...

En ese momento escuché la puerta de la habitación abrirse, seguido por pasos rápidos en la escalera de madera; antes de que pudiera reaccionar, vi la cabeza de mi padre asomándose detrás del barandal que sostenía la televisión.

—Hora de cenar, Ry.

Sin poder evitarlo, comencé a toser por la nube de humo que Kanna dejó al desaparecer en medio del aire.

—Ry... —dijo mi padre con cautela, terminando de subir las escaleras.

—¿Sí?

—¿Estabas fumando?

—¿Qué? —solté alarmado—. ¡No! No, no, no, no. Es el ático; siempre hay polvo. Estaba sacudiendo el sillón. ¿Lo ves? Ni siquiera huele a humo.

—Así que... el ático —dijo examinando el lugar con la vista; sonrió ampliamente—. Un gran salto después de tu pequeña habitación en *La Condesa*.

—Supongo —dije encogiéndome de hombros.

—¿Sabías que yo viví aquí un tiempo?

—¿Qué? ¿Aquí en el ático?

—Sí —dijo caminando hacia el gran ventanal en el que estaba mi escritorio y que daba hacia la calle frente a la casa—. Fue cuando conocí a tu madre. La habitación del hotel que pagaba el museo se estaba volviendo muy cara, así que tu abuela me rentó el ático por unos meses mientras encontraba un lugar propio.

—No sabía eso —me crucé de brazos.

—Si estas paredes hablaran —dijo con nostalgia.

—Dirían cosas que no quiero escuchar.

—Creo que tienes razón. —Sonrió—. Solo diré que, cuando dejé el ático y me mudé a un apartamento en el centro, tu madre y yo ya no éramos solo amigos.

—*Suficiente* —solté en español.

—Me alegra que hayas decidido seguir la tradición —dijo dándome una palmada en la espalda, camino de vuelta a la escalera—. Vamos a cenar.

—Voy enseguida.

Pero antes de marcharse...

—¿Me dirías si comenzarás a fumar, cierto?

—Te veré abajo —dije sonriendo.

Cuando mi padre bajó las escaleras y escuché la puerta cerrarse, uno de mis armarios se abrió y Kanna asomó la cabeza.

—Parece agradable. Se parece a ti.

Suspirando, me dirigí también a la escalera.

—Buen movimiento. Aunque será mejor que practiques más; eso fue lento de su parte.

Dejé a Kanna en mi habitación luego de convencerla de que bajara el volumen de la televisión y bajé al comedor, en donde encontré a todos en la mesa.

—Fue increíble; jamás pensé ver algo así —decía mi padre mientras se servía algo de ensalada—. Casi tomo una foto de contrabando para ti; *Tomás* y *Noel* intentaron cubrirme, pero no tuve oportunidad.

—Ojalá hubiera estado ahí para verlo —suspiró mi madre al tiempo que se servía algo del delicioso guisado dulce que solo hacía en ocasiones especiales.

—¿Ver qué? —pregunté al ver a Samantha y a Alex escuchando con atención.

—Oh, ya bajaste —dijo mi madre—. ¿Qué hacías?

—Fumando no —aseguré. Mis amigos fruncieron las cejas—. ¿De qué hablamos?

—De una escultura Olmeca recién descubierta que llegó al museo de México —dijo Samantha maravillada mientras me sentaba junto a ella.

—Suenan interesantes. ¿Cómo están Tomás y Noel?

—Contentos de tener a Audrey de vuelta —respondió papá.

—¿Llamas a los papás de Audrey por su nombre? —me preguntó Alex.

—Son increíbles —dije sonriendo—. Oh... espera. Tú no los conoces aún. Pagaría por estar presente cuando eso suceda. Acabarán contigo.

Pálido, Alex miró a mi padre, quien negó con la cabeza, aguantándose la risa.

—¿Llegaron ya a algún acuerdo? —preguntó mi madre a mi padre.

—Aún no —respondió este.

—¿Todavía estamos hablando de los Luna León? —pregunté.

—El Museo de Little Road se creó para impulsar el turismo en el área hace años, pero su departamento de investigación ha crecido con el paso del tiempo gracias a que en estas montañas se han encontrado fósiles perfectamente conservados —explicó mi padre—; tienen que agradecerle a su madre por eso. Sin embargo, se está estimando hacer una gran inversión en los próximos meses que implicaría expandir el museo en otros campos. ¿Sabían que descubrieron una zona arqueológica en las montañas hace poco?

—Leí acerca de eso —comentó Samantha interesada—. Es impresionante.

—Yo no sé de qué hablan —murmuré.

—Encontraron una ciudad Maya no muy lejos de aquí.

—¿Una ciudad Maya? —repetí—. Estamos a miles de kilómetros de su territorio. ¿Es eso posible?

—Y allí tienes la razón por la que es necesario investigarla urgentemente.

—Espera —dije confundido—. ¿Eso significa que te enviarán de vuelta?

Mis padres se miraron sonrientes.

—Bromeas.

—Es una posibilidad. —Papá se encogió de hombros—. Definitivamente, el tema está sobre la mesa.

—Es tú área; eres el mejor allá. ¿Qué más hay que hablar al respecto?

—Bueno, esta vez no solo estoy abogando por mí.

Mi madre sonrió de nuevo.

—¿Me estoy perdiendo de algo? —pregunté.

—Me pregunto si a Audrey le interesaría transferirse a Domum. Alex dejó caer su tenedor estridentemente.

—Bromeas —repetí.

—Estamos en un muy buen momento para negociar —dijo mi padre asintiendo—. Es una buena oportunidad también para *Tomás* y *Noel*, y los descubrimientos que pueden hacerse son infinitos. Estamos hablando de algo que podría cambiar la historia por completo. El tema surgió poco antes de venir, así que ellos se quedaron revisándolo.

—Audrey no dijo nada de eso cuando hablé con ella ayer.

—Y eso es porque no lo sabe, Ryan. Por favor, no se lo vayan a decir.

—¿Por qué?

—¿Sabes cuántas veces hemos estado a punto de mudarnos a diferentes partes del mundo sin que tú y Max lo sepan? —dijo mi padre mirando a mi madre, quien asintió—. En nuestros campos, las posibilidades son muchas. Hay demasiado por investigar, pero tener una familia en algún momento debe ser una prioridad. Estoy seguro de que *Tomás* y *Noel* se lo dirán a Audrey cuando hayan tomado una decisión.

—¿De qué partes del mundo estamos hablando? —pregunté.

—Edimburgo —murmuró mamá.

—¿Pude vivir en Escocia? —dije con el aliento.

—Pero no lo hiciste. Si te sientes triste ahora, imagina

cómo te hubieras sentido en ese momento. Ahora, todos los castillos que quieras ver, podrás verlos en los libros de la biblioteca de la otra habitación.

Samantha y yo nos miramos y sonreímos entretenidos por la ironía del comentario. Pero por su parte, Alex solo asintió.

Miré de reojo a mi amigo y lo observé comer en silencio; seguramente sería un gran acontecimiento si Audrey viviera más cerca. Estuve a punto de hacerle un comentario a Alex al respecto, por medio de mi mente claro, cuando algo más me distrajo e hizo que me levantara rápidamente de mi silla.

—¿Ryan? —dijo mi madre confundida.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre.

—Eh... nada —dije ansioso, saliendo del comedor—. Ahora regreso; no tardo.

Me dirigí a la cocina haciendo un comentario tonto acerca del postre y cerré la puerta.

—¿Qué – te – sucede? —bramé a Kanna, que se encontraba registrando el refrigerador.

—Tenía hambre —dijo su vocecita apagada desde el iluminado y frío interior.

—¿Acaso no escuchaste nada de lo que te dije allá arriba?! —solté alarmado.

—¿De tu padre? Claro. Pero tenía hambre.

—Agarra lo que te vayas a comer y sube rápido. —Con mala cara, me crucé de brazos.

—De acuerdo, de acuerdo. Eres más dramático que villana de *telenovela* noventera.

Me acerqué de nuevo a la puerta y me asomé al comedor, desde donde Samantha y Alex me veían.

—Kanna —les dije por medio de mi mente; ambos asintieron mientras me encogía de hombros.

Regresé a la cocina y cerré la puerta de nuevo.

—Apúrate —murmuré al ver a la criatura llenarse los brazos de panecillos—. No tengo toda la noche...

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —exclamó Kanna saliendo hacia la escalera—. Estos jóvenes, siempre con prisas.

Suspiré intentando no perder la paciencia y Alex entró.

—¿Qué sucede?

—Tenía hambre. —Me senté en una silla.

—¿Cómo supiste? —preguntó mirándome confundido—. Saliste de repente.

—Sabes... Esa es una muy buena pregunta —murmuré frunciendo las cejas.

—¿Lo es?

—Bueno... de repente sentí su presencia.

—¿Qué tiene eso de extraño?

—Es la primera vez que me pasa.

—Pero si ya habías sentido presencias antes.

—Sí, pero siempre fue a propósito. He sentido presencias porque he intentado sentir las, o porque eran malignas y sería difícil no hacerlo, pero nunca había sentido una presencia sin querer hacerlo... ¿Eso tiene sentido?

—Extrañamente, sí. Tus poderes deben seguir creciendo.

—Odio eso.

—¿Por qué?

—Porque cada vez que mis poderes crecen tenemos problemas —respondí con pesar.

—Cierto —dijo Alex recargándose en la alacena.

—Por cierto... —comencé, recordando algo que me inquietaba—, ¿qué te dio mi papá en La Colina?

—¿Qué cosa?

—El sobre de México.

—Ah, eso. Nada importante.

—Te apuesto a que lo es.

—No lo es.

—Debe ser... ¿Audrey?

—¡Por supuesto que es de Audrey! —exclamó Samantha, entrando en la cocina—. ¡Es una carta! La pregunta es, ¿será una carta de amor?

—¡Ah! —soltó Alex—. ¿De dónde saliste?

—¿Una carta? —repetí sonriendo.

—No... no sé de qué están hablando...

—Audrey se la dio a tu papá para que se la diera a Alex —explicó la chica ignorando a mi amigo, quien se quejaba por

nuestra violación a su privacidad.

—¿En serio? —dije siguiéndole el juego.

—¿De dónde sacan esas cosas? —preguntó Alex—. Están locos. Las cartas son como del siglo pasado. Ya no se usan.

—No cuando son un gran gesto. Gesto que normalmente no inician las chicas.

—¿Tú le enviaste una carta a México primero? —pregunté riendo.

—No. Cállate.

—Lo hizo —aseguró Samantha.

—¿Qué te dijo ella? —preguntó Alex nervioso.

—Oh... entonces es verdad —dije asintiendo, disfrutando de cada momento.

—Me están confundiendo; cállense ya —soltó Alex dirigiéndose a la puerta para salir de nuevo al comedor.

—Mi papá te lo dijo todo, ¿cierto? —pregunté a Samantha.

—Cada detalle.

El resto de la velada fue “tranquila y agradable”, según opinó mi madre cuando Samantha y Alex se marcharon a sus casas; pero lo que ella no sabía, era que mientras parecíamos estar en silencio, prestando atención al gran número de anécdotas que Max le contaba a nuestro padre sobre su escuela, Samantha y yo molestábamos a Alex en una larga discusión que se llevaba a cabo por un medio mágico y silencioso.

Ayudé a mis padres a recoger la mesa y luego de conversar otro rato con ellos en la sala/biblioteca, subí a darme un baño y a dormir; después de todo, era una noche de escuela.

Pero no contaba con que...

—Ryan... Ryan... ¡Ryan Bennett, despierta ahora!

Solté un grito al tiempo que me enredaba entre las sábanas y, maldiciendo, caía al suelo junto a mi cama.

Raspando mi mejilla con el áspero tapete, me incorporé en la oscuridad de mi habitación para encontrarme con...

—¡¿Sam?! ¿Qué sucede? ¿Cómo...? ¿Qué haces...?

—¿Qué es esto? —espetó agitando un plato mientras yo encendía la luz de la lámpara sobre mi mesa de noche.

—¿Un plato?

—Debemos empezar a cerrar esa ventana por las noches —



murmuró Kanna, que también había caído de la cama por accidente.

—¡Míralo bien! —exclamó la chica.

Tuve que tallarme los ojos un par de veces pues pensé que estos me engañaban; un borroso pero brillante Yin Yang estaba dibujado en la superficie del blanco plato de cerámica.

—¿Qué es eso? —pregunté torpemente.

—Eso mismo quisiera saber yo. Estaba en mi casa ayudando a papá con los platos, cuando de repente esta cosa apareció de la nada envuelta en una luz blanca.

—¿De la nada? —repetí, sentándome sobre la cama, sonriendo ligeramente. Kanna comenzó a reír a carcajadas sobre una almohada.

—¿De qué te ríes? —espetó Samantha, fulminando a la criatura con la mirada.

—Tranquila, Sam —dije levantándome—. Es solo parte de un hechizo.

—¿Un hechizo?

—Uno muy sencillo —dije tomando el plato de cerámica con cuidado—. Significa que alguien te está hablando; es como una especie de video llamada mágica que Kanna inventó. Observa lo que sucede cuando dices la palabra mágica.

—*Aperi Fenestram* —recitó Kanna.

Observé sonriente cómo el rostro sorprendido de la chica se iluminaba ligeramente por la luz de un portal que se creaba en la superficie del plato; el Yin Yang se separó dejando salir una luz blanca de entre las dos partes, y la imagen del Salón del Consejo de Greatville apareció dentro del círculo una vez que la luz se extinguió. Era como una pequeña pantalla.

—Saludos —dijo uno de los tres hechiceros de túnicas rojas, quienes nos observaban desde tres elegantes asientos dorados que brillaban con la luz del fuego de unas antorchas.

—Pero... ¿cómo es que están dentro del plato? —murmuró Samantha con incredulidad, girando el objeto.

—No están dentro del plato —dijo Kanna, resignándose a que no podría conciliar el sueño de nuevo—. Es solo un medio de comunicación. Yo lo inventé, ¿sabes?

—Creo que eso ya lo había dicho —espeté.

—Pero quise repetirlo —soltó Kanna.

—¿Querías recalcar que fue tú invento?

—Tal vez. Seré respetada y admirada.

—Hemos intentado comunicarnos con la señorita Samantha desde hace algunos minutos, pero no había abierto el portal —dijo el hombre de cabello negro. Lord Kelvyn era el más... frío de los tres; no me sorprendió que de él viniera el comentario con tal tono.

—Eso fue porque no sabía lo que era —murmuró Samantha, mirándome con expresión de disgusto.

—¿Qué sucede? —preguntó Kanna interesada.

—Nos gustaría contar con su presencia lo más pronto posible en Greatville —explicó Lord Kevan, pasándose una mano por su cabello corto y pelirrojo.

—¿Qué sucedió? —pregunté—. ¿Es Long?

—No.

—¿Un Sello?

—No.

—Sería bueno que nos dijeran de una vez o el interrogatorio de Ryan durará horas —murmuró Kanna.

—De hecho, este asunto es con la señorita Samantha —dijo finalmente Lord Kenneth, sonriendo amablemente—. Es su presencia la que requerimos.

—¿Connigo? —preguntó la chica confundida.

—Así es. Pero si el Elegido y Kanna quieren estar presentes, serán bienvenidos —concluyó el rubio hechicero. Lord Kenneth era el más amable, y algo me decía que, a pesar de ser un grupo, él era quien fungía como líder de alguna manera.

—Iremos lo más pronto posible —dijo Kanna.

—Muy bien.

—*Claude Fenestram* —murmuré dejando de un lado el plato del que el Yin Yang desaparecía—. ¿Qué querrán?

—No sé —dijo Kanna dirigiéndose a la ventana—. Pero debemos ir a Greatville ahora.

—¿Qué? ¿Ahora? —preguntó Samantha.

—Por supuesto.

—Pero... es de noche y mañana hay escuela —dijo la chica

preocupada—. Además, no avisé que había salido...

—¡No habrá problema! —dijo Kanna riendo.

—Nosotros salimos todo el tiempo de noche; recuerda que allá es de día en estos momentos. Además, no tardaremos mucho —opiné—. Regresaremos en un par de horas. No parece que tengan alguna misión para nosotros.

—De acuerdo —murmuró la chica pensativa.

—Vamos —dije entonces, dirigiéndome a la ventana.

—¿Ryan...? —dijo Samantha sonriendo.

—¿Qué sucede? —pregunté deteniéndome.

—¿Vas a ir así?

Entonces miré mi reflejo en el espejo de piso junto a mi cama. Por la rapidez en la que todo sucedía, no me había percatado de que tan solo vestía un holgado pantalón gris.

—Puedes ponerte una playera y unos zapatos en lo que te espero abajo —dijo la chica saliendo por la ventana—. No querrás hacerte famoso entre las brujas de Greatville por las razones equivocadas.

—¿Eso fue un cumplido? —pregunté a Kanna cuando la chica ya no estaba a la vista.

—No me importa. Tengo sueño. Apúrate. Vámonos.



Samantha, Kanna y yo salimos a la mitad de la noche y nos dirigimos al denso y oscuro bosque que se encontraba a un lado del colegio. Aquella antigua y un poco tenebrosa cueva, iluminada por la luz de antorchas en los muros, lucía exactamente igual a como la recordaba; hacía ya casi un mes que no la cruzaba para ir a la Tierra Mágica.

Al pasar por la puerta de piedra y ver el Sol brillar con fuerza, contemplé la hermosa vista de la Tierra Mágica: interminables bosques a nuestra izquierda, montañas lejanas al frente, y el amplio océano en el horizonte a nuestra derecha.

Kanna subió por mi holgado pantalón y sacó una esfera de cristal roja de mi bolsillo.

Después de utilizar el Porteador, que nuestra amiga Lorna nos

había regalado, para llegar al reino de la gran ciudad, nos dirigimos al recinto en donde se encontraban los Sabios del Consejo.

Yo ya comenzaba a acostumbrarme a la imponencia de las construcciones de aquel lugar; sin embargo, pude notar cómo, a pesar de ya haber estado allí dos veces, Samantha admiraba el edificio de la gran cúpula de cristal al que nos dirigíamos, atravesando la amplia explanada de acceso junto al inmenso muro de piedra de un acantilado.

Pensé que era un poco extraño que Tristan y Lorna no nos estuvieran esperando en la entrada a como acostumbraban hacerlo, así que me atreví a abrirme paso a través de la gran puerta de roble y el impresionante lobby con candelabros; sin toparnos a nadie, ni siquiera a los hechiceros de guardia que normalmente custodiaban las puertas interiores, entramos en la circular y majestuosa habitación del Consejo.

—Bienvenidos a Greatville —dijo uno de los tres hombres, quienes se encontraban de pie junto a los ventanales que daban a la explanada.

—Buenos... ¿días? —dije titubeante.

—Hola —dijo Samantha con un poco de nerviosismo que pude notar en su voz.

—Señorita Samantha, bienvenida a Greatville —le dijo Lord Kevan sonriéndole.

—Gracias.

—Pensé que encontraríamos a Tristan aquí —comenté examinando la habitación.

—Por el momento, el General se encuentra realizando una misión en las afueras de la ciudad —respondió Lord Kenneth—; sin embargo, les ha enviado sus saludos.

—Lorna nos acompañará pronto —añadió Lord Kelvyn al ver que aún miraba nuestro alrededor—, aunque este no es un asunto oficial.

—¿No lo es?

—Tenemos un obsequio para la señorita Samantha —anunció Lord Kenneth.

—¿Un obsequio? —repitió ella.

La puerta del salón que acababa de cerrar detrás de no-

sotros se abrió de nuevo, y una joven con gafas de cabello corto y negro, y ojos rasgados y cafés, entró sonriéndonos. En las manos llevaba un baúl de madera de unos cincuenta centímetros con incrustaciones metálicas.

—Hola, chicos.

—Hola, Lorna —saludé.

—Me da gusto verlos en un momento sin emergencia — bromeó caminando hacia un pedestal de piedra que estaba cerca de nosotros, para colocar el baúl sobre él.

—Lo mismo digo.

—Señorita Samantha —dijo Lord Kevan, invitando a la joven con una seña.

—Estos objetos pertenecieron a la bruja Nualla —explicó Lord Kevan a la vez que Samantha abría el pequeño baúl—. Después de los hechos ocurridos hace un mes, creímos pertinente que llegaran a su nuevo dueño.

—¿Qué es? —pregunté a Samantha, acercándome al baúl.

—Unas... ropas —respondió un tanto confundida, mientras examinaba el interior—. Y... una esfera —completó, sacando un objeto de cristal azul celeste.

—Es el Báculo de Nualla.

—¿Báculo? —repetí.

—Estas son sus pertenencias más preciadas y las dejó en nuestras manos con la finalidad de que nosotros te las entregáramos a ti algún día.

—¿A mí? —preguntó Samantha.

—A su reencarnación.

—Y, ¿cómo se utiliza? —pregunté examinando la esfera.

—Esa será la primera tarea de la señorita Samantha —dijo Lord Kenneth ceremonialmente.

—¿Qué?

—El modo de utilizar el Báculo de Nualla debe ser descubierto por ella misma.

—¿Qué? —solté—. Pero, ¿cómo se supone que haga eso? ¿Cómo descubrirá...?

—Cuando llegue el momento indicado, lo hará.

—¿Por qué no se lo pueden decir ustedes? —insistí.

—Cada uno de nosotros tenemos tareas que debemos cumplir en nuestro camino, y así como tú has tenido pruebas de las que has aprendido, ella también las tendrá irremediablemente. Todos tenemos un camino diferente en el que debemos abrirnos paso por nuestros medios. Esta es tan solo su primera misión.

Comprendía lo que los hechiceros me decían, y sabía que probablemente tenían razón; no obstante, eso no me impidió sentirme molesto por la situación. Sabía que cuando yo debía “descubrir algo por mi cuenta”, significaba que muchos problemas se avecinaban, y el simple hecho de que ahora Samantha era la implicada, me preocupaba mucho.

—Wow, wow; detengan todo un segundo —dije confundido por algo más—. ¿Acaso están diciendo que ahora Samantha es una bruja? Porque todo eso del camino, las pruebas, la misión, las ropas nuevas y una esfera que se supone es un báculo, que supongo es un arma... me suena bastante familiar. Pareciera que la quieren preparar para algo que viene.

Los Sabios se miraron entre ellos.

—¿Qué esperabas? —preguntó Lorna con suavidad—. Es la reencarnación de la bruja que hizo la Profecía del Elegido y que creó tu Espada Sagrada. Es natural que...

—Nada de esto es natural —dije alarmado—. Ella no es una bruja. No tiene poderes. No pueden asumir que solo porque revivió con un Sello...

—Ryan... está bien —dijo Samantha con suavidad, cerrando el baúl.

—No; no está bien.

—Ryan, tranquilo —sentenció Kanna.

—Todo lo que sabemos se los hemos dicho a ustedes —dijo Lord Kenneth encogiéndose de hombros, mirándome con simpatía—. Conocemos cómo funciona la magia y eso nos lleva a hacer conjeturas. Todo es incierto. Es por eso que lo mejor que podemos hacer, es prepararla para lo que pueda suceder.

Inquieto, miré a Samantha, quien lucía nerviosa.

—Eso fue pura basura —comenté, mientras esperábamos a que la Puerta de la Luna se abriera de nuevo, tan solo unos

minutos después—. Basura.

—Aquí vamos de nuevo —dijo Kanna en el hombro de Samantha, revirando los ojos.

—Hace un mes nos llamaron para decirnos que ayudarían a Sam en caso de que lo “necesitara”, ¿y ahora nos hablan para darle estas cosas viejas?

Yo llevaba cargando el baúl de madera.

—Solo quieren ser atentos.

—No; algo se traen algo entre manos —murmuré pensando en que, cuando los Sabios parecían un poco misteriosos, significaba que había algo que no nos estaban diciendo.

—Solo quieren ayudar —insistió Kanna.

—Pero, ¿en qué? Ese es el problema.

—Tendrán sus razones.

—Sí, claro. Es decir, ¿qué es eso de dejar que ella lo descubra? ¿Cómo se supone que hará eso? Podría haber mil formas de... hacer lo que esa cosa tenga que hacer. No es como si tuviera un botón como mi Yin Yang.

—Si los Sabios dicen que solo ella puede hacerlo, debe ser porque no saben cómo.

—¿De qué sirve que sean Sabios si no saben nada? —espeté, atravesando el umbral de la puerta que ya se abría.

—Ryan, ¿te quieres callar de una vez? —soltó Kanna, señalando a la chica—. La estás asustando y a mí me estás poniendo de mal humor. Te recuerdo que no he cumplido con todas mis horas de sueño de hoy.

Suspirando, miré a Samantha, quien había permanecido en silencio desde que dejamos el Salón del Consejo.

—Lo siento —murmuré.

—Un día a la vez —Apenas sonrió—. ¿Nos vamos?